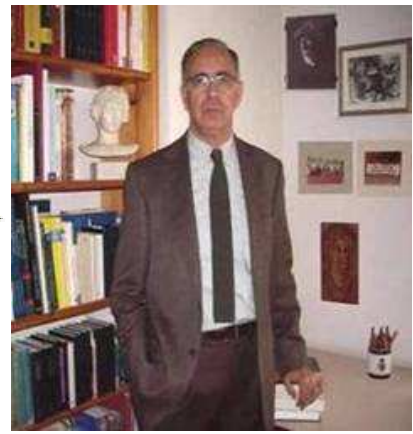
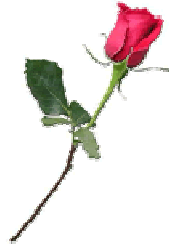


Pedro Álvarez de Frutos

Compartiendo la palabra



¿TODOS SOMOS RESPONSABLES DE LA CRISIS?

Mi opinión es que no o, al menos, no todos en la misma medida.

La sociedad en su conjunto es responsable de haberse dejado llevar por la ola bienestar económico de forma acrítica y por haber permitido que, líderes políticos con poco fundamento, pudieran dirigir el país, pero de la crisis no o, al menos, no todos en la misma medida.

La crisis económica actual comenzó cuando, en septiembre de 2008, la compañía de inversiones Lehman Brothers anunció su quiebra, y el Gobierno de EE.UU., equivocadamente, la dejó caer pensando que las consecuencias no serían importantes, pero esta quiebra puso de manifiesto que, durante mucho tiempo, los bancos estadounidenses habían concedido hipotecas insuficientemente garantizadas, las famosas *hipotecas subprime*.

Después, los problemas pasaron a Europa, porque los bancos europeos habían comprado paquetes financieros emitidos por los bancos estadounidenses, que contenían, ¡oh sorpresa!, *hipotecas subprime*, y que, en su salida al mercado, habían conseguido de las tres grandes agencias de calificación financiera -Standard & Poor's, Moody's y Fitch- las mejores calificaciones.

Cuando el escándalo de las *hipotecas subprime* estalla, los bancos tratan de tapar el agujero que éstas han creado en sus balances y restringen el crédito. Comienza así el calvario de las empresas que no encuentran financiación, de los trabajadores que se quedan sin empleo y de los Estados europeos para financiar sus déficit por el aumento de gasto en ayudas a empresas, aumento de las partidas protección social y disminución de ingresos.

A esta situación general España une el problema de la construcción. Gobiernos y Banco de España sabían desde hacía años que no era sostenible continuar con el ritmo de construcción de viviendas y concesión de hipotecas. Sabían que la financiación de esos proyectos de adquisición de terrenos y construcción en muchos, muchísimos, casos se hacía por encima del 90% del valor de mercado de los terrenos y de las propias viviendas. Bancos y Cajas cebaron el globo, y en ello colaboraron las agencias de tasación que, en muchas ocasiones, estaban fuertemente participadas por el banco o caja que concedía la hipoteca.

Al dejar de fluir el crédito hipotecario, bajó el número de viviendas compradas, lo que paralizó las promociones, las empresas cerraron, los obreros se quedaron en paro, y el mismo proceso se repitió en las empresas que sirven a la construcción y lo mismo para quien sirve a estas últimas. El paro aumentó, y quien en esta situación se vio dejó de consumir, lo que llevó a una caída generalizada del consumo y, por tanto, nuevos cierres de empresas y negocios, más paro y vuelta a esta madeja una y otra vez.

En España, cuando comienza la crisis bancaria, no olvidemos que ahí está el comienzo, las cuantas públicas tenían superávit, pero con el aumento del paro, los créditos para salvar a la banca y el descenso de los ingresos el Estado comienza a tener déficit, que cada día es más difícil financiar porque la actividad económica se reduce e, incluso, decrece, o como dicen los economistas crece negativamente.

Si las cuentas públicas tenían superávit al comenzar la crisis, quizá debimos salvarnos de los recortes. Pero no, porque un diagnóstico miope de la situación hizo que siguiéramos gastando como si no pasara nada y Gobierno, Comunidades y Ayuntamientos debían pagar las muchas obras, muchas de ellas inútiles, que habían promocionado –aeropuertos sin aviones, edificios de cultura con poca o ninguna actividad, etc.-.

El caso es que ahora estamos al borde de los cinco millones de parados, los servicios públicos se resienten, vamos por la segunda tanda de recortes y aumento de impuestos, y no se habla de otra cosa que de la deuda del Estado, y de salvar bancos bien sea mediante la concesión de créditos a bajísimo interés por parte de BCE, insuflando dinero público los gobiernos o creando un banco que se quede con todos los activos tóxicos para sanear los balances de los bancos, ya saneados anteriormente, o eso dijeron, que es tanto como decir que socializaremos las pérdidas y que los errores y excesos de los directivos los pagaremos entre todos.

Parece lógico pensar que en toda esta sucesión de hechos debe haber responsables. Y los hay, pero ¿qué pasa con ellos? Pues nada, siguen en sus puestos con grandes sueldos, a pesar de haber recibido dinero público, o se jubilan con indemnizaciones cuyas cantidades escapan a la comprensión general y, entre tanto, el Banco de España, que debió vigilar lo que estaba pasando, no deja ocasión de predicar que hay que bajar los sueldos. Los sueldos de los trabajadores, naturalmente.

Al tiempo, el primer ministro de Grecia, Lukás Papadimos; el primer ministro de Italia, Mario Monti; y el director del Banco Central Europeo (BCE), Mario Draghi; nombrados en plena crisis de deuda para intentar salvar, cada uno desde su ámbito, a Europa y sus países, resulta que estuvieron vinculados a Goldman Sachs, el influyente banco estadounidense capaz de condicionar mercados y que además está involucrado en el inicio de la crisis de las hipotecas basura, y el señor de Guindos, ministro de Economía y Competitividad del nuevo gobierno de España, viene de Lehman Brothers, donde en 2006 fue nombrado Consejero asesor para Europa y director de la filial del banco en España y Portugal, donde estuvo hasta la quiebra de éste en 2008.

De manera que todos tenemos alguna responsabilidad, pero unos mucha más que otros, y los que más responsabilidad tuvieron se van o cambian de puesto sin pagar nada por sus errores.

¿Y dónde está el dinero que antes fluía tan generosamente? Pues enterrado en promociones urbanísticas que no se venden y en terrenos, muchos de ellos en espera de la calificación de urbanizables o ahora incalificables, que tienen valor cero porque no se puede construir sobre ellos dado el elevadísimo número viviendas sin vender, en las desmesuradas inversiones improductivas y gastos superfluos de las distintas administraciones y en la corrupción.

Y aún quieren convencernos de que todos somos responsables de la crisis.